

DISCURSO DE INAUGURACION DE LAS FESTIVIDADES DEL SEGUNDO CENTENARIO DEL NACIMIENTO DE GOETHE

— por Juan Gómez Millas —

SEÑOR Rector, señoras y señores:

Celebramos con alegría el segundo centenario del nacimiento de Goethe, porque su personalidad vivió para todos los tiempos y aun cuando todo lo actual cambie o se derrumbe, los grandes valores de la vida a que dió magnífica expresión continuarán guiando al hombre hacia la eternidad.

Goethe es aquél, que entre los grandes escritores de nuestro tiempo, ha tenido una actitud más definida ante la existencia y que ha realizado un enlace más íntimo entre la naturaleza, la personalidad y la creación individual. Por eso la idea que nos formamos de él y la estimación de su obra cambia con la experiencia de nuestras propias vidas y en su vida encontramos luces para comprender nuestras existencias singulares. Juegan mil colores en una mañana de primavera y es otro a cada instante el paisaje, así también burbujan mil vidas en el cuadro de la visión goethiana y alternan una y otra vez la versatilidad de la existencia y su fundamental continuidad desde el nacimiento hasta la muerte.

Goethe pudo formular un ideal ambivalente de la existencia humana porque tuvo del mundo una visión idealista natural, fundada en la intuición de que toda la naturaleza es unidad que perpetuamente tiende a la razón y se mantiene en equilibrio gracias a las tensiones opuestas entre la libertad creadora y la ac-

ción de las leyes eternas. Uno de esos valores expresa el ideal de hombre estéticamente perfecto que realiza una enérgica y armoniosa reconciliación entre las antinomias vitales. El otro, el del hombre fáustico, que vive en lucha perpetua para lograr aquella conciliación, sin alcanzar jamás la dicha plena, ya que esa misma lucha y la constante aspiración a una vida más alta, se convierten en un ideal estimulante.

La armonía que en su pensamiento se realiza entre el panteísmo de Espinoza y la monadología de Leibniz dieron a su vida y a su obra el tema y el método para una educación universal del hombre. Por eso, desde sus primeras obras, fué objeto de intensas y cuidadosas preocupaciones para sus contemporáneos y para la posteridad, hasta nuestros días. Todos sus pensamientos han sido examinados, todos los detalles de su vida exterior y de su intimidad han motivado indagaciones. Desde hace más de ciento cincuenta años el mundo culto piensa en él y escribe sobre él. Sus camaradas de estudios, sus amores, sus amistades, los que por accidente tomaron contacto con él, todos, nombres a veces vulgares, han llegado gracias a su contacto, a los efluvios que emanaban de su existencia, a ser celebridades y temas de eruditas investigaciones. La leyenda se apoderó de su personalidad ya en los tiempos en que el rumor de sus pasos aún se escuchaba sobre la tierra.

Su vida y creación poética están íntimamente ligadas en cada uno de los recios caracteres que se mueven en sus obras; sus variadas pasiones, sus tiernos idilios, sus afanes y desvelos fueron realidad en su vida; se dieron en la existencia que lo rodeaba, y al pasar por su mente, con sus penas y alegrías, como las estatuas de arcilla de Prometeo se transformaron en seres que gozaban de la libertad del espíritu. Murieron un momento para renacer de nuevo, pues sólo la semilla que cae bajo tierra y muere, se levantará en espiga y dará frutos. En su conocido fragmento Prometeo exclama: "Pero hay un momento que todo lo colma: todo cuanto hemos anhelado, soñado, esperado y temido, Pandora. . . ¡Y ese es la muerte! . . . Cuando en lo más profundo de tu corazón, conmovido todo lo sientes; todo cuanto alguna vez te fuera dado de alegría o de dolor, y el pecho tremolante te palpita y pugna por estallar en lágrimas, sin poder calmar su ardor y

todo su ser vibra, palpita y se estremece, y ya ni sabes lo que sientes y crees sucumbir y te desmayas y en torno tuyo giran las tinieblas, y tú, hundida en el más íntimo sentimiento personal abrazas con tu alma el mundo entero, entonces se derrumba en la muerte el ser humano . . . Y cuando todo, pena, alegría y ambición se disuelven en agitado mar de goce y el delicioso sueño todo lo apacigua . . . entonces comienzas a vivir de nuevo desde el principio y vuelves a temer, a desear, a esperar y a anhelar". El silencio cubre el alma al leer estas palabras de Prometeo y en vertiginoso vuelo se entremezclan lo espiritual y lo natural, el sexo y la creación artística . . . Sólo los grandes místicos llegaron a esta altura y así como nosotros, desde lo más hondo del valle, observamos la tempestad que se descarga en la montaña y nuestra alma se llena de angustia; pero clavados sobre la tierra no podemos huir y esperamos el desenlace, así en lo más alto de la vida espiritual vemos pasar las tempestades de la existencia y de la creación goethiana, vislumbrando a veces el sentido de ese desatarse de las fuerzas internas del alma y ansiosos de que la tormenta nos arrebate.

El alma fáustica moderna buscadora de espacios infinitos para las pruebas de su fuerza encontró en Goethe la expresión más acabada. Los impulsos que miles de hombres sentían, pero con menguadas energías podían llevar a la acción, los realiza el poeta en la estructura de un mundo ideal, que no podía vivir en vagas imágenes y pálidos esquemas, sino de seres vivos y en seres vivos, de contornos bien claros y entonces "esas imágenes flotantes que un día contempló" poblaron el universo ideal de nuestros contemporáneos para que exclamaran como él: "asíros y teneros podré feliz como antes, aún vuela hacia vosotros el alma cuando os ve". Seres que piensan, crean y seguirán creando en el espíritu de otros hombres donde caen como la semilla bajo la tierra para resucitar en nuevas imágenes y así, mientras esta civilización de Occidente exista, ellas serán fuerzas ideales, categorías del pensamiento creador, como el agua y el sol que caen de los cielos. Un día inspiran obras musicales, otro, obras plásticas y en algunos, afán desconocido que brota y que se expresa en rica poesía.

Este pensamiento de la supervivencia de lo individual en la vida ideal de la humanidad él mismo lo aclara en "Dichtung und

Wahrheit": "La historia, dice, aún la mejor, tiene algo de cadavérico, hiede a sepulcro. Hasta se puede decir que cada vez se hará más pesada de leer, a medida que el mundo envejezca; pues todo el que venga detrás, se verá obligado a quintaesenciar de los acontecimientos universales consecuencias más agudas y sutiles. . . . Pero si ha de haber y debe haber historia, el biógrafo podrá ufanarse ante ella del gran mérito de poder conservar y transmitir lo vivo que escapa a los ojos de la historia".

La función educadora de Goethe como poeta se hermana con la de historiador del alma de su tiempo; pero que por haber entendido la historia como una reversión del pasado resulta el historiador de todos los tiempos. ¿No es su Fausto una reversión del Fausto del siglo XVI? ¿No es su Prometeo una reversión del Prometeo de Esquilo? Entre la tarea del poeta y la del historiador auténtico no hay oposición, sino íntima unión y así lo entiende Goethe cuando en la máxima 270 dice: "La cuestión de quién está por encima de quién, si el historiador o el poeta, no se debe siquiera plantear; no se hace uno a otro competencia alguna . . . A cada cual tócale su propia corona." La preocupación de arrastrar al lector a una estimación auténtica de la vida como totalidad está presente en toda su obra; en cada uno de sus momentos creadores percibimos la presencia de la continuidad de la vida; pasado y futuro están en un flujo y reflujo constante y todo nos lleva en cada situación al comienzo y al término de la existencia y por eso pudo pensar aquello tan lleno de sustancia, de que quien ha vivido y comprendido su tiempo, es capaz de comprender todos los tiempos.

La conciencia de la continuidad de la vida, de que durante todos sus cambiantes momentos ella es, sin embargo, una misma vida individual la obtenemos en la acción creadora, por eso al referirse al Fausto a los 79 años decía: "Concebí este poema hace largo tiempo, hace 50 años que lo medito y en tal forma los materiales se han acumulado que la tarea difícil es la de escoger y rechazar. La invención de la segunda parte es tan antigua como os lo digo. Sin embargo, espero que el poema gane al ser escrito sólo hoy día; con el tiempo mi espíritu ha adquirido ideas más claras acerca de las cosas del mundo. Procedo como aquél que en su juventud tuvo muchas monedas de plata y cobre que

cambió con ganancia durante todo el curso de su vida de tal manera que puede, entretanto, ver el capital de su juventud convertido en monedas de oro". Y en una carta dirigida a Guillermo de Humboldt el 17 de mayo de 1832 agregaba: "He aquí que hace más de sesenta años que concebí el Fausto; entonces era joven y poseía con claridad en el espíritu, si no todas las escenas con sus detalles a lo menos toda la idea de la obra. Aquél plan jamás me abandonó, por todas partes me acompañó dulcemente en mi vida y de tiempo en tiempo desarrollaba los trozos que me interesaban en el momento". Hélo ahí el hilo de Ariadna a que Goethe a veces se refiere: la acción creadora conduce al hombre y da continuidad a su existencia; de la naturaleza saca el material, recoge las fuerzas para moldearlas en el alma y en la acción creadora dar a la vida más alta perfección. Inteligencia y pensamiento arrancan de la acción. Fausto medita ante el Nuevo Testamento: "Escrito está: En el comienzo era el verbo. Aquí me detengo! ¿Quién me ayudará a continuar? No puede conceder al verbo tal alto valor. Es necesario que traduzca de otra manera si el espíritu quiere iluminarme. Escrito está: En el principio era la Inteligencia". Reflexionemos bien esta primera línea y que mi frase no se precipite mucho: ¿Es que el poder es hijo de la Inteligencia? Pero mientras esto escribo algo ya me está diciendo que no es así. El espíritu viene en mi auxilio. Héme aquí súbitamente inspirado y puedo escribir con certeza: "En el principio fué la acción". Al terminar su monólogo Fausto, para todos nosotros queda grabada la idea de que en el comienzo de todos los tiempos fué la acción el meollo de la existencia y de la vida y de todas sus sucesivas representaciones hasta el final de los tiempos, y podremos repetir con el coro de los ángeles del cielo: "aquél que se esfuerza en constante aspiración, a ese podemos recobrar", y el último mensaje de Fausto: "sólo merece la libertad o la vida, aquél que sabe conquistarla día a día."

¿No es acaso la obra de arte esfuerzo liberador? También con él conquistamos la libertad y la vida en un pujante superar la vida con la muerte, en la resurrección. De la forma que vuela fugaz, el espíritu, acto puro, toma la forma que perdura; de los fantasmas que se enroscan a nuestra existencia, que nos agitan en dolor o alegría nos liberamos en un movimiento de asce-

tismo intra-mundano, en humilde renunciación y así defendemos nuestra unidad interna e incorporamos nuestra existencia personal a un nuevo mundo de formas y encantos que nos otorgamos. "Lo que me hizo escribir, dice Goethe, lo que me puso en este estado de espíritu del cual salió el Werther, fueron más bien ciertas relaciones, ciertos tormentos completamente personales de los cuales me quería liberar a toda costa. Yo había vivido, había amado y había sufrido mucho. He ahí todo".